

Pedro Lira Urquieta

Visión de Argentina (1)

Cuando, hace justamente un año, en esta misma sala venerable que aun decora el alto prestigio de Bello, rendíamos un tributo de afecto a la Argentina, no podíamos silenciar la angustia que en nosotros ya producían los acontecimientos de Europa. Porque no ha de haber pudor en decirlo: a nosotros americanos, embebidos en la rica cultura de Occidente nos duelen las cruentas luchas que libran entre sí los grandes países europeos.

Y hoy, señores, al repetir ese saludo que por modestos labios ofrecen a la República hermana los valores culturales de Chile, quisiéramos alejar de los espíritus, aunque fuera por breves instantes, la inquietud que nos embarga pensando en el porvenir; y detenernos, confiados, en la contemplación amable de lo que representa para nosotros el gran pueblo argentino.

¿Qué mejor homenaje os podría tributar nuestro Instituto, señor Embajador, que éste, el de intentar evocar ante vuestros ojos la visión serena de vuestra patria? En un acto solemne como el que ahora nos congrega, realzado con la presencia de prestigiosas personalidades oficiales y universitarias, ¿cómo habríamos podido contentarnos con balbucear algunas finas palabras de cortesía que bien poco habrían agregado a

(1) Discurso pronunciado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, por el Presidente del Instituto Chileno-Argentino, señor Lira, en la sesión solemne del Instituto, el 23 de Mayo de 1941.

las innúmeras demostraciones de aprecio que habéis ya recibido?

Es, pues, un intento generoso el que da alas a mi osadía. Son escasos los materiales que aprovecha mi frágil construcción: unos cuantos viajes a regiones y ciudades diferentes de Argentina; uno que otro libro, algunos amigos incomparables y el cuidado atento en la marcha de las ideas. No he de ocultar la simpatía que anima este ensayo: sólo ella podrá suplir la escasez del conocimiento y adivinar, siquiera parcialmente, aquel fondo insobornable y personal que oculta celosamente cada pueblo a las miradas indiscretas del viajero. Fueron perspicaces los dulces románticos cuando exigieron, a los que querían dar noticias de un país, no tanto la acumulación de datos científicos como el conocimiento y comprensión cordial de sus hombres mentores y del sentir de los artistas. Son ellos, los devotos de Ariel, los que plasman el país del futuro; son ellos, particularmente los poetas, los que traducen el querer popular.

Es un escritor nuestro el que ha hablado, con exacta intuición, de la loca geografía de Chile.

En contraste con esa locura geográfica hablaremos de la mansa y equilibrada geografía de Argentina. Porque su territorio inmenso, en que cabe holgadamente media Europa, no tiene ni las estridencias, ni las quebraduras ni las dificultades del suelo chileno.

Esa compacta masa de tierra se recuesta blandamente en el eje diamantino de los Andes. Desde allí se abre el prodigioso abanico geográfico: unas varillas avanzan hacia el norte en busca del Altiplano; otras penetran en la selva como atraídas por la flora exótica; algunas se derraman en los ríos caudalosos y suaves que aportan al estuario del Plata el rumor abigarrado del trópico; las más de esas varillas, empero, se abren lentamente, casi perezosamente, para alcanzar a la distancia el beso del Atlántico. Son los campos feraces del centro, son las pampas dilatadas del sur que confinan con las lejanas estepas magallánicas, allá donde sólo se oye el gemido de los invisibles rebaños del viento.

Este extenso territorio lo tiene todo: montañas majestuosas cubiertas de nieves eternas; mesetas, sierras que avan-

zan en el llano, suaves colinas entrerrianas, llanuras dilatadas en que la vista se pierde en la confusa lejanía de un horizonte sin fin; grandes ríos navegables, torrentes y esteros que desaparecen en arenales; salares y oquedades de desierto; lagos bellos ornados de bosques y de volcanes encantados; campos de tierra pingüe y campos de tierra pobre; terrenos que abrevan su sed con las lluvias y terrenos de regadío artificial; viñedos y vergeles frutales, glaciares y ventisqueros y desiertas islas antárticas.

Una variedad análoga puede observarse en los productos. Allí están todos los productos nobles que cantó Bello en su clásica oda a la Agricultura de la Zona Tórrida, pero no son ellos los más. Los grandes recursos agrícolas son los cereales y el ganado. Recursos formidables que han hecho del país uno de los graneros del mundo. Podemos pensar en que si cien millones de habitantes poblaran aquel suelo argentino no llegaría a faltaries ni el vino, ni la leche ni la carne ni el pan. Esta consideración sola imprime un tono fácil y seguro a la vida: los pobladores sienten que el espectro del hambre no irá a golpear sus moradas. Podrán sucederse las crisis periódicas: pero no son causadas por escasez de productos sino, al revés, por abundancia o por dificultad de exportación.

Las riquezas mineras comienzan a interesar. No hay razón alguna en ponerles límites: queda por explorar y por explotar todo el formidable espinazo de los Andes. Su aridez, en la región mendocina, ya floreció con la bendición del petróleo. Ese y otros grandes yacimientos petrolíferos constituyen la garantía del porvenir. Y si de la agricultura y de la minería pasamos a la industria, observaremos que las guerras europeas han forzado a los argentinos a preocuparse de la producción fabril; y asistimos, de ese modo a un estupendo proceso de industrialización que les permitirá abastecerse a sí mismos, y, en la medida de lo posible, a abastecer a otros. Sus capitales de inversión no serán aun todos nacionales; pero día llegará en que lo habrán de ser.

A la variedad de suelos y de regiones y de productos añadamos la variedad de ciudades y de pueblos.

Desde la metrópoli con rango mundial que es Buenos Aires hasta los apartados lugares del Norte, cuya única belleza es una pobre iglesia misional o la vieja y filigranada reja de una casona derruida. Hay ciudades nuevas con crecimient,

vertiginoso, como Rosario; hay ciudades que fueron viejas y que surgen como nuevas de las ruinas, cual es Mendoza; hay pueblos recién nacidos en que triunfa el esplendor del cemento, no siempre bello; hay, también, ciudades de rancio abolengo como Córdoba y Santa Fe, aureoladas de leyendas y pobladas de jardines y de árboles genealógicos regados con aguas de Castilla. Hay, por último, sitios de sombra en que el progreso parece haber huído. Pero son escasos. La vida, esa diosa que en la trama de los pueblos dice siempre la palabra decisiva, se pasea regocijada por el ancho territorio argentino. El cuerno de la abundancia parece allí haber volcado sus dones. Y el más precioso que dejó la fortuna a sus moradores fué el afán de progreso no reñido—¡oh extrañeza!—con el respeto a la tradición. Subyuga esta alianza feliz. Un ejemplo ha de bastarnos para declarar el pensamiento: al borde de una autoestrada magnífica se eleva una reja que protege un árbol centenario: es el que dió sombra a San Martín en el combate de San Lorenzo.

La población argentina ha venido doblándose cada veinte años, en los últimos tiempos.

A los descendientes de las viejas familias coloniales, a los hijos de los gauchos y mestizos de los campos se han unido millones y millones de inmigrantes europeos, casi todos ellos de origen latino. Pero de esa inmensa masa migratoria, gama de variados matices, el prodigio escolar ha hecho surgir la luz de una raza nueva. ¡Qué desmentido más solemne el que dan las vigorosas y atléticas juventudes argentinas a los que resistían el aporte de sangre europea a las razas americanas! Se comprende que esta tarea purificadora no es fácil. Ya Mitre, con la intuición del visionario lo dijo: la inmigración es un alimento fuerte que el organismo debe recibir con cuidado. Pero debe recibirlo, porque le fortifica y lo engrandece.

Aquí y no en vanos alardes imperialistas reside la causa del espíritu patriótico argentino. Porque tiene esto de admirable su cultura: que abierta a todos los vientos del espíritu, sabe, sin embargo, mantener enhiesto el pabellón nacional. Sorprende el vigor del soplo patriótico; es tan fuerte en la pequeña escuela rural como en el laboratorio universitario. Sus grandes hombres de letras no han desdeñado la historia. Lugones mismo no alcanzó a terminar el recio boceto de Roca,

Ningún hombre de pensamiento escarnece allí a su patria. Ni la pospone a otra nación. Por el contrario, la acaricia y la adoctrina. Los poetas de variado estro, cantan y exaltan a su manera los valores espirituales y patrióticos. No tan sólo los poetas que bebieron su inspiración en el campo argentino, como Franco, sino aun los de fina raigambre europea, como Larreta, cuyos sonetos tienen el esplendor de los mármoles romanos; como Bernardes, que ama el amplio ropaje claudeliano, y para citar sólo tres, como Ponferrada que adorna sus versos con el encaje gongorino.

Los continuos viajes de los hombres de estudio y de los hombres pudientes a Europa, las largas permanencias en sitios acogedores, causaron, allí, ingentes gastos y más de una ruina; pero dieron cultura, y lo que es más valioso, no arrancaron del corazón argentino el amor al terruño. ¿Qué ejemplo más adecuado y más decididor que el de Ricardo Güiraldes, cuyas producciones disputaban las revistas de Francia y que, sin embargo, logró llevar a la cima de la celebridad el tema gauchesco con su inmortal Segundo Sombra?

Los viajeros ricos que nunca recibieron el beso de la creación, adquirieron, no obstante, el gusto por las formas bellas de vivir. Cuántas residencias magníficas en la ciudad o en la estancia tuvieron su origen en Europa. ¿Qué de colecciones artísticas, qué de iniciativas doradas por el esplendor de lo bello fueron el fruto de largos viajes!

Y si de la opulencia de los ricos estancieros pasamos a la dorada medianía de los profesionales viajeros: ¡cuánta experiencia científica acumulada, cuántos nobles afanes por elevar el nivel cultural del país. Es difícil encontrar allá un maestro, un médico, un arquitecto o un abogado que no haya ido, siquiera una vez, al Viejo Mundo. Es difícil, también, valorar lo que eso significa en el adelantamiento espiritual del país.

Porque esos viajes han tenido esto de sorprendente: que junto con despertar el interés por las cosas finas de Europa han hecho renacer el amor por las cosas americanas y autóctonas. Esa devoción por el pasado emociona; reviste las más variadas formas: la Universidad de Buenos Aires edita los textos de su primer profesor de Derecho Civil; en una rotonda de la biblioteca de Córdoba, en el viejo solar universitario, se venera el busto de Vélez Sarsfield y se ostentan los libros que

utilizó el codificador; los objetos que pertenecieron a Güiraldes figuran en un Museo Nacional; el Convento de San Francisco es monumento nacional, y con él cuanto templo, edificio público o casa tuvo un sentido histórico.

Y ese culto no se rinde, como habéis ya comprendido, exclusivamente a los héroes militares, sino particularmente a los próceres, a los benefactores, a los maestros insignes. Me atrevería a decir que hasta el culto a los héroes militares tiene lamosos de civismo. Porque los héroes argentinos fueron atraídos más que por el vértigo del combate por el ritmo acompañado de la paz. Desde San Martín, a quien el último de sus biógrafos ha podido llamar, sin ironía, el santo de la espada, hasta el egregio Mitre, de tan simpática recordación para los chilenos.

Este fervor por lo tradicional y por lo patriótico se desenvuelve en una atmósfera de respeto a las ideas y a los hombres.

Se afirma, así un sentido de la vida auténticamente cristiano, libertario y democrático. Porque una sana libertad, una sana democracia no excluyen ni el rango de las jerarquías ni el aroma del pasado. Gran democracia, nobilísima libertad la que se intenta asegurar en Argentina desterrando el odio que entenebrece los rostros y alejando la ruin envidia que malogra las iniciativas fecundas.

Escuchemos a algunos de sus hombres de pensamiento, al referirse a estos conceptos. Nos van a hablar en frases claras que dijeron para oídos argentinos. No en frases sibilinas que suele dictar el arte ceremonioso y empenachado. En la sobria alocución que pronunciara el Dr. Gallo, Rector de la Universidad de Buenos Aires, en 1940, al repartir los premios académicos, se contienen estas bellas palabras: «Nuestra bandera no es ni será enseña de guerra al servicio de intereses extraños, sino insignia de paz para amparo generoso de todos los hombres del mundo venidos a compartir de buena fe y con recta intención nuestros afanes por la libertad, la grandeza y el orden institucional del país.» Conceptos semejantes abundan en todos sus discursos, particularmente en el muy profundo dedicado a la Función Docente y la Idea de Patria. Podría multiplicar las citas trayendo a colación el pensamiento de los rectores de las otras Universidades, de cuyos labios no he oído sino palabras de salud. ¿Y a qué ir lejos, señor Embajador, si voz mismo el año pasado, for-

mulabais en esta fecha patriótica este programa recio a los alumnos de Leyes: «Volvamos a Europa los ojos para recibir de su experiencia la enseñanza que necesitaremos siempre; pero que nunca la admiración de lo extranjero nos lleve a despreciar lo propio. Hagamos fuerte a nuestro pueblo, concluáis, para hacerlo capaz de defender su tierra, sus hogares, su tradición y sus derechos.»

¿No podría ser éste un programa americano?

Sentimos que ya flota en la atmósfera un vago aire continental. Confiamos en que la gran nación argentina asumirá decididamente su rol. Hay que volver a pensar y a obrar continentalmente. De preferencia entre los pueblos afines. Como en los días gloriosos de la Independencia. En esa tarea le cumple a Argentina afinar su sentido de comprensión. Para que no le perjudique su extraordinario crecimiento. Porque no todas las razas americanas son blancas, ni son férciles todos los suelos ni benignos todos los climas.

Sentimos que ya alienta en las mentes ese noble destino americano. La esperanza de realizar en común cosas grandes es un alimento poderoso de patriotismo. La patria, bien los sabemos, no vive sólo en el recuerdo melancólico de los héroes que fueron; ella impone la tarea de avizorar, por entre los velos que cubren las cunas, las empresas por acometer. Esta apatencia del futuro, síntoma vivo de juventud, está viva en Argentina; a ella más que a la abundancia del suelo y a la felicidad del trabajo atribuyo yo aquel tono optimista y casi arrogante que presenta la vida allí. Cuán comprensible y cuán justificado es, por lo demás, que a la vista de tanta riqueza, de tanto progreso, de tan claro porvenir, cualquier argentino se sienta alentado para repetir, a su sabor, la frase altiva y magnífica de Estrada: «Tengo orgullo de mi estirpe, de mi voz y de mi patria.»

La esperanza siembra de sueños el alma. Soñemos, pues, Demos entrada al tropel de visiones risueñas y halagüeñas que nos hablan de una efectiva hermandad americana. Estrechemos, ante todo, nuestros vínculos con Argentina, para que a su lado sepamos ser baluarte de civilización cristiana, de tradición hispánica y de las formas nobles del vivir. Unidos

podremos resistir codicias extrañas. Y entonces hasta la angustia del peligro, que a ratos nos oprime, nos será saludable. Porque tuvo razón Nietzsche al estampar esta sentencia profunda, cuando ya sentía soplar sobre su mente alucinada los huracanes de la locura: «La angustia es necesaria a las razas que son fuertes.»